

LA ALBORADA



MONTevideo, JUNIO 7 DE 1903.

AÑO VII.—NÚM. 273.

taste ante el altar y con él las leyes que debemos á Dios?

—Sí, . . . contestó la joven lentamente. Lo sé y lo siento, pero no puedo evitarlo. No volveré á vivir con mi marido, aunque me abandones. Pero . . . ¡Lionel de mi alma! me quieres demasiado para dejarme ¿verdad?

—Sí, sí, Bibiana, contestó Lionel con voz ronca, es demasiado tarde para detenernos.

Y una terrible lucha del deber contra el amor se empezó á trabar en su alma.

De repente alzó la cabeza, y con los ojos fijos en su amada le preguntó:

—¿Me amas tanto Bibiana, que estás dispuesta á sacrificarlo todo por mí?

—Sí, bien mío, desearía que el sacrificio pudiera ser mayor.

—¿De modo que abandonas riquezas, lujo? . . .

—Y hasta mi vida daré por tu amor, exclamó la condesa sin dejarlo concluir.

Entonces ambos jóvenes se abrazaron, se oyó un apasionado beso, y aquellas dos almas fueron arrastradas por la misteriosa senda que teniendo su principio donde nacen las flores, va á morir entre las llamas del fuego eterno.

CAPÍTULO XXIX

Lionel se vió transportado por la pasión del momento á la mayor de sus desdichas. Sólo veía que la mujer más bella, la más apasionada de Inglaterra, se había arrojado á sus pies, rogándole que la amase, y cuando la vanidad, Lionel tenía mucha, se apodera de nosotros, no hay nada que no se olvide, mucho más si va unida á alguna idea de amor.

No era extraño, pues, que impresionado Lionel por la ardiente pasión de la condesa, sólo pensara en la felicidad con que ésta le brindaba, y cuando la joven le manifestó sus deseos de ir á Italia, acogiera con agrado la proposición, conviniendo poco después, emprender el viaje aquella misma noche.

—Dentro de dos horas debemos partir, ahora voy á ocuparme de preparar el equipaje, y pasado ese tiempo volveré á buscarte, amor mío, dijo Lionel y salió inmediatamente.

Concluidos los preparativos para el viaje, el joven penetró en el primer hotel que encontró á su paso. Ardíale la frente como si experimentara intensa fiebre, y en medio de la gran excitación en que se hallaba, turbado el cerebro, cegado por la influencia que el amor de la bella española ejercía sobre él, escribió aquella terrible carta, cuya lectura puso á la dulce compañera de su vida al borde del sepulcro.

Sin embargo, no desconocía Lionel que al escribir aquella carta llevaba á cabo una incalificable infamia. ¿Cómo podía ocultársele que al abandonar á la más amante y fiel de las esposas, abandonaba también á la cariñosa madre de sus hijos? Su conciencia se rebelaba contra la nefanda acción que cometía y tanto lo comprendió así que claramente lo demostraba al escribir aquella frase de «Me hundí en la obscuridad de la muerte».

Cuando acabó de escribir, después de media hora larga, con temblorosa mano dobló el infame papel y lo colocó en un sobre depositándolo en el correo. Luego subió por la calle que lo

conducía al hotel donde estaba Bibiana, y era tanto su desasosiego, que antes de entrar tuvo que detenerse debajo de los árboles.

—¡Oh! Lionel de mi alma, murmuró la joven al ver regresar á su amante. Me sienta muy abatida, sé muy bueno conmigo.

El tono dolorido con que pronunció la condesa las anteriores palabras, conmovió á Lionel aún más que la pasión que le demostraba la joven, y al estrecharla entre sus brazos, murmuró en sus oídos con dulzura:

—Seré más que bueno, Bibiana mía, te lo prometo.

—¿Qué nos reservará el porvenir? pronunció la condesa con trémulo acento.

—¡Amor! . . . ¡Siempre amor! . . . repuso Lionel apasionadamente.

Y ambos amantes salieron del hotel y entraron en el carruaje que los esperaba en la puerta, dando órdenes para que los condujeran á la estación.

Ya en el tren y al ponerse éste en movimiento, iban más y más unidos y compenetrados, con la cabeza siempre erguida, orgullosos de su espléndido amor, pero á la vez, sin saber por qué, sentíanse abrumados por un temor inexplicable.

De pronto la condesa estrechó entre las suyas una de las manos del joven, y dirigiendo una mirada á la ciudad, exclamó:

—Ahora, ya es imposible volver atrás.

—Sí, imposible, repuso Lionel mirándola con amor. ¡Quién sabe lo que nos aguarda mañana!

—¡Mañana! balbuceó la condesa con ternura. Lo has dicho antes; nos amaremos tanto como nos amamos hoy. Sí, Lionel de mi vida, quíereme con toda tu alma, como yo te quiero á ti.

Tuvo Lionel que dominarse para no prorrumpir en un grito de júbilo y con mucha pasión contestó:

—¡Te amo; y te amo tanto que tu amor me consolará de todo! ¡No hay nada más que tú en el mundo para mí! ¡Eres tan buena, Bibiana, me haces tan feliz!

La condesa nada le contestó, lo miró con ternura, y después apoyó la cabeza en el hombro del joven.

CAPÍTULO XXX

¡Cuánto te amo, amor mío! murmuraba dulcísimo la condesa, mientras Lionel, recostado sobre la borda del vapor «Princesa Beatriz», distraído, contemplaba la blanquísima espuma levantada por el buque al cortar las tranquilas aguas del canal, en su majestuosa marcha con rumbo hacia el puerto de Calais.

La noche era hermosísima, y el mar estaba tan sereno que más bien parecía un inmenso lago. Suave brisa rizaba la superficie de las tranquilas aguas, y la luna que acababa de salir era tan llena, tan clara, que anegaba todo el mar con su pálida y argentina luz. Sobre cubierta no había más pasajeros que los dos amantes, quienes sentados á la popa, contemplaban silenciosos la ancha estela de plateada espuma que en su marcha dejaba tras de sí el buque; y era tanto el amor que allí se respiraba, tanta la quietud y dicha, que Bibiana, exclamó con arrebató:

(Continuará).

—¡Ah! Lionel de mi alma, nunca mi corazón soñó con la dicha que goza en estos momentos. ¡Es tan dulce viajar sobre un mar tranquilo acompañada de lo que más ama uno en la vida!... pero oyeme, Lionel, no sé por qué, quisiera que este viaje fuera interminable, desearía que el mundo fuese todo el mar... Sí... un mar inmenso, infinito, porque la playa me asusta.

El joven nada contestó, pálido, con la mirada vagando de un lado á otro, fijábala ya en la reluciente estela que dejaba el buque, ya en las caprichosas espirales que formaba el humo al salir de las chimeneas. Hallábase agobiado bajo el peso de su propia conciencia, y pasados los primeros momentos de apasionada excitación, acudió á su mente sin que pudiera arrancarlo de ella, el recuerdo de la familia que acababa de abandonar; y allá, en lo más profundo de su alma, representábasele la desolada imagen de Leonor, abatida, sin consuelo, por la lectura de su infame carta.

Entregado estaba á estas reflexiones, cuando la condesa, mirándolo con todo el amor que su alma era capaz de sentir, le preguntó:

—¿En qué piensas, Lionel? Varias veces te he hablado y parece como si no me oyeras. ¡Oh! amor mío, si continúas así, voy á tener celos del mar, de la luna, en una palabra, de cuanto nos rodea; porque mira, Lionel de mi alma, ahora que soy completamente tuya, no quiero dejar de participar ni del menor de tus pensamientos.

El joven dirigió una vaga mirada á la condesa, y en su pálido semblante se retrató una expresión de terrible angustia.

—Lionel, repitió la hermosa Bibiana con ansiedad. ¡Dime por Dios! ¿En qué piensas?

—Perdona, amor mío, repuso Lionel, como si despertara de un sueño; después continuó al mismo tiempo que se pasaba la mano por la frente:

—Estaba pensando...

—¿En qué? interrumpió la condesa con impaciencia.

Pero Lionel no contestó de pronto, sólo hizo un movimiento con la cabeza como para indicar á su amada que se esperase; temía que la voz le hiciera traición, poniendo de manifiesto toda su angustia.

Erguida y con el amor retratado en el semblante aguardaba Bibiana la respuesta, y sin saber por qué, rehuía mirarlo, intensísimo dolor agitaba su corazón, y presentía que algo terrible iba á salir de los labios de Lionel.

Al fin, palideciendo aún más, abandonó Lionel su actitud ensimismada, y casi inconsciente, sin reflexionar apenas, pronunció lentamente y con voz muy baja pero clara, estas terribles palabras:

—Pensaba, Bibiana de mi alma,... en mi mujer y mis hijos.

Hubo algunos segundos de terrible silencio. Mirábalo la condesa inmóvil, fija y con una expresión de espanto indescriptible. En el primer momento, Lionel quiso mitigar en lo posible el efecto causado con sus palabras, pero luego, poco á poco pudo observar la densa palidez que cubrió el rostro de la joven. A la tenue luz de la luna que la hería de lleno, parecióle ver en

aquellos divinos ojos, un algo así como si Bibiana hubiese perdido la razón.

Lentamente y á medida que transcurrían los segundos, ambos jóvenes comprendieron toda la extensión de su desdicha, y, cuando Lionel, asustado por la expresión de desvarío que observaba en el semblante de Bibiana, quiso mitigar en lo posible el efecto causado con sus palabras, cogiéndole las manos exclamó con vehemente pasión.

—Bibiana, mi adorada Bibiana... Vuelve en tí.

Pero ella lo miró otra vez y sin contestar, una amarguísima y extraña sonrisa apareció en sus labios; luego, con voz casi imperceptible repuso:

—¿Has oído decir que puede perderse la razón á causa de la luz de la luna?... ¡Ah! Lionel, eso me está pasando á mí ahora.

Y una nueva sonrisa apareció en sus labios aún más amarga y lúgubre que la primera.

—Bibiana, mi amor, exclamó el joven con espanto. Ten calma... Tranquilízate, enfermarás si no te dominas.

—Más vale morir que volverse loca, repuso Bibiana amargamente. Sí, es la luna... la luna cuya luz siento que pesa sobre mi cerebro.

Lionel, confundido y hondamente impresionado, estrechó á la joven contra su pecho. Comprendía que el corazón y cerebro de su amada, vacilaban á causa del terrible choque que acababa de experimentar y ante el temor de que perdiera por completo la razón, la acarició con ternura, besándola en los ojos como si fuera una niña.

Estremeciase á cada segundo la condesa y un ligero temblor recorría su cuerpo haciéndola agitarse como si percibiera lúgubres visiones. Por fin levantó la cabeza y clavó sus ojos de fuego en el rostro de Lionel, quien le dijo con dulzura:

—Bibiana, querida mía... Sosiégate, estás muy agitada y tus nervios experimentan una tensión muy fuerte. ¡Descansa vida mía!

—No, no necesito descanso, y con la sonrisa del moribundo que anhela la muerte, recobrada su voz que respiraba bondad, continuó: ¿Es cierto lo que me has dicho? Lionel

—¿Qué? preguntó éste como si no quisiera comprender.

—Que pensabas en tu mujer y en tus hijos.

Lionel dudó un segundo antes de contestar, pero al fin repuso con lentitud:

—Sí, Bibiana, pensaba en mi mujer y en mis hijos.

—¡Tu mujer! ¡Tus hijos! exclamó la joven con terror. ¡De modo que no es locura mía!... ¡Ah! Dios mío, ¿por qué me castigas de esta manera?

Y la desgraciada condesa prorrumpió en amargo llanto.

—Vamos, vida mía. No te atormentes así... es muy cierto que al huir contigo he abandonado á mi familia, pero ¿no has dejado tú también á tu marido?

—No, Lionel, es completamente distinto, exclamó Bibiana tristemente. Mi marido es viejo, achacoso, nunca lo amé, tampoco él me ama; y,

(Continuará)

sobre todo, Lionel, ¿donde están los hijos que yo abandono? Mientras que tú...

Lionel, confundido, bajó la cabeza para ocultar su turbación; pero Bibiana, que sin duda se había propuesto apurar todo aquel cáliz de amargura, continuó diciendo:

—Quiero, Lionel, que aunque me causes la muerte, me digas la verdad. ¿Amaste á la mujer que hoy es tu esposa? ¿La amaste? repitió la condesa con una entonación de voz indefinible.

El joven, aunque débil y malvado como hasta entonces había sido, no se atrevió á manchar más su alma con una nueva mentira; pero á Bibiana, que debido al mucho amor que le profesaba tuvo la esperanza de escuchar una negativa, le pareció que un puñal le había atravesado el corazón. Por un instante experimentó una sensación profunda, todo se anubló ante su vista y poniéndose las manos sobre la frente, de pronto gritó desolada:

—¡La amaste, Lionel! ¡la amaste! Oye, Lionel, continuó Bibiana tranquilizándose á medida que hablaba. Te amaba con tal locura, con tal frenesí, que mi amor sólo podía ser comparado con la idolatría que siente el indio señalado para víctima de un dios cruel y sanguinario. ¡Como él, mi amor se prestaba dócil y sumiso á sacrificarse por tus menores caprichos; pero ¡has sido tan infame al ocultarme tu estado, que me hiciste creer que era yo la primera y única mujer á quien habías amado en el mundo!

—Reflexiona, Bibiana, murmuró el joven, que apenas podía ocultar su emoción, que yo nunca te dije semejante cosa.

—Sí, es verdad, repuso la condesa al cabo de un instante. Nunca lo dijiste con palabras, pero lo demostrabas diariamente; pues qué ¿crees que te hubiera amado al conocer la verdad? ¡Oh!... ¡nunca!... ¡nunca!...

—Pero ¿por qué es mi acción peor que la tuya? preguntó el joven con sentida voz.

—Ya te he dicho que es completamente distinto. ¡He abandonado á mi marido!... verdad, pero entre él y yo no existió nunca ni un átomo de amor, mi corazón era todo tuyo, porque, Lionel, te amaba con toda mi alma.

—Claramente veo ahora, Bibiana, que he sido un miserable al engañarte, pero cuando comprendí que me amabas, mi vanidad...

—Sí, ¡tu vanidad!... ¡Y por ella has destruido mi corazón! ¡Ah! Lionel! ¡Qué mal me pagas el cariño, el inmenso cariño que por ti he sentido! Pagas con tu desamor el sacrificio tan grande de mi honra. Lionel, eres un malvado que merecías que te odiara.

—Pero, Bibiana, por Dios, piensa sólo en que teniendo mujer é hijos me hallo aquí.

Pero la joven, sin hacer caso de lo que le decía su amante, le interrogó:

—¿Cómo es que teniendo tu familia en Dunwold, ibas á Londres y permanecías allí tanto tiempo?

—Iba á negocios, contestó Lionel sinceramente.

—¿Y tu mujer dónde estaba?

—Mi esposa, con pretexto de tener que atender á los niños, nunca quería venir conmigo.

—¿Y por qué te quedabas tanto tiempo?

—Esa pregunta puedo contestarla con mayor

facilidad, exclamó el joven demostrando mucha pasión. Me quedaba por ti, sólo por ti, vida mía!

—¡Ah! Lionel, ¡cuán feliz me hubiera hecho antes con esas palabras! pero hoy... hoy que he perdido toda fe en ti, no puedo creerlas. Me has mentido tan bien, me decías tan dulces palabras, que despertaste en mí un amor tan puro, tan grande como jamás sintió ninguna otra mujer en el mundo; pero me has engañado; de saber la horrible verdad que ahora sé... ¡oh! ¡más valiera no nacer, que haber nacido para amar demasiado!

Y la desconsolada y desgraciada joven prorrumpió en amarguísimo y copioso llanto.

Entonces Lionel no trató de consolarla, comprendía cuán incapaz era en aquellos momentos de contener la tempestad que reinaba en el alma de la infortunada Bibiana.

—Te amaré siempre, Lionel, continuó la joven con palabras entrecortadas, porque no podré arrancar de mi corazón el mucho cariño que por ti siento; pero mi fe, mi confianza en ti han muerto para siempre; sí, Lionel, te confié todos los secretos de mi alma, y tú en pago de tanto amor, sólo has tenido para mí mentiras y engaños.

—¡Perdóname, Bibiana de mi alma! ¡He sido un infame! Pero... ¡no ves cuánto te amo! exclamó el joven con entrecortado aliento y puestas las manos sobre el corazón para contener sus latidos.

La condesa guardó silencio y sus vagas miradas se fijaron en el ancho muelle de Calais, donde acababa de atracar el vapor.

CAPÍTULO XXXI

No bien hubieron llegado á Calais, cuando la cubierta del buque se vió llena de pasajeros que se disponían para desembarcar.

—Estamos en Calais, querida mía, murmuró Lionel. Si quieres comer a go, tenemos tiempo, todavía falta media hora para que salga el primer tren que va á París.

—No, ahora no podría comer nada; además, tengo que hablarte y como dices que aún contamos con media hora, dirijámonos hacia la plaza; allí estaremos solos.

Lionel obedeció á su amada, le ofreció el brazo y ambos se encaminaron á la orilla del mar. La luna llegaba en aquel momento al cenit, y al derramar su luz sobre las cristalinas aguas, asemejábase el mar á un inmenso lago de azogue, puesto en continuo movimiento por las pequeñas olas, que caminando impulsadas lenta y pausadamente por la suave brisa, rompían sobre la finísima arena. Quizás la quietud y calma que reinaban en playa tan solitaria, influyeron en el ánimo de la condesa quien conmovidísima, cogió el brazo de Lionel, y sintió éste, que se lo estrechaba contra su corazón. Anduvieron luego un gran trecho al azar, pareciendo que la desgracia que ambos sentían, los arrastraba sin rumbo fijo.

—Oye, dijo por fin Bibiana. El mar me parece una tumba inmensa donde yacen enterrados mi amor, mi esperanza y mi vida. Te perdono,

(Continuará).

UN FALLO SENSACIONAL--1:175.000 pesos oro de indemnización

Últimamente se ha fallado en última sentencia, después de mucho tiempo de litigio ante los tribunales del país en todas las instancias, el juicio que seguía por difamación y calumnia y daños y perjuicios contra las compañías de seguros de vida «Sud América» y «New York», el señor Casimiro Castro.

Este ruidoso pleito, sostenido con tesón por ambas partes desde hace algunos años, ha preocupado la atención pública durante todo ese largo lapso de tiempo, no sólo por la importancia de las partes acusadas y de la cantidad de dinero reclamada como indemnización, sino por la cantidad de personas que han tomado parte en él por una u otra razón, ya como acusadores y acusados, ya como defensores y defendidos.

Los lectores recordarán las causas que motivaron este juicio, que acaba de ser fallado, sin apelación, de una manera completamente favorable para don Casimiro Castro. Este señor, como agente en esta ciudad, de las susodichas compañías de seguros, había adquirido un buen plantel de asegurados, por los cuales aquéllas tenían que abonarle la comisión correspondiente, bastante respetable, si se tiene en cuenta que el señor Castro lograba presentarles asiduamente una buena cantidad de ellos.

Sea el deseo de cortarle á este agente tan activo sus pingües resultados, sea el haber creído las compañías que este señor buscaba medios ilícitos para la obtención de tantos suscriptores de seguros, y, por consiguiente, de los correspondientes beneficios, el hecho es que un buen día aparecieron aquéllas acusándole ante la justicia, en una forma que á todas luces se creyó en el primer momento era abrumadora para Castro. El hecho, como es consiguiente, impresionó pavorosamente á la ciudad entera. Aquéllas contaban á todos los vientos, incluso al de los Tribunales, toda una espeluznante novela con escenas que no le iban en zaga á las de los *Misterios de París*, á los de *Londres*, y á las

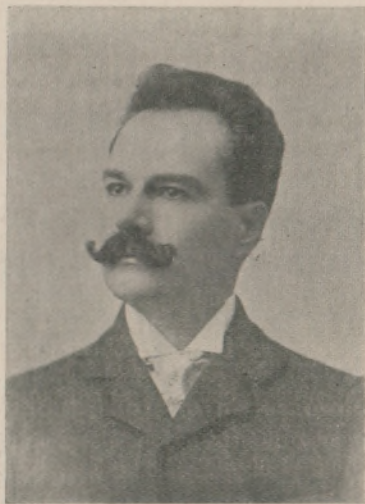
de todos esos novelones que ruedan asustando por el mundo.

Casimiro Castro no se amilanó por eso. Sostuvo en una decidida réplica el abrumante catafalco de acusaciones, y tan bien lo hizo, que pudo barajar la pelota y devolverla. No solamente destruyó todos los cargos ante todos los juicios que se le presentaron dejando á la parte contraria en una situación difícil, no sólo para su defensa sino moralmente ante la opinión, que esperaba que se confirmasen sus *j'acusse* sensacionales, sino que á su vez llevó á los tribuna-

les su contraacusación por difamación y calumnia, por daños y perjuicios. Y fué para él un nuevo triunfo. Todos los fallos le fueron favorables. La parte contraria había perdido terreno totalmente. La última sentencia de la justicia había sido dictada; don Casimiro Castro pedía, en total, la cantidad de un millón ciento setenta y cinco mil pesos oro. Pero como á los perdedores les pareció dicha cantidad exorbitante, se nombraron dos árbitros para que sentenciasen sobre el asunto. Pero los árbitros estaban discordes á su vez. Mientras don Arturo Lerena, en una extensísima sentencia, llena de explícitas consideraciones, se declaraba en favor de las pretensiones de Castro, don Ovidio

Grané la firmaba discordes. Y en vista de esto entró como árbitro tercero é inapelable de su juicio, don Julio Muró, que confirmó lo que había dicho al respecto don Arturo Lerena. Así es que ahora don Casimiro Castro se halla completamente triunfante, acreedor de las compañías por la respetable cantidad de un millón ciento setenta y cinco mil pesos oro, que sólo falta hacer efectiva. Desde que este señor inició el juicio contra aquéllas, prometió, una vez victorioso, donar en su mayor parte dicha cantidad á varias casas de beneficencia de Montevideo.

En próximos números ampliaremos la información presente sobre tan sensacional asunto.



Don Casimiro Castro

Los bombones

No hace muchas noches, nos hallábamnos en la redacción de cierto periódico, reunidos varios compañeros de la prensa. Ya se sabe que la eterna pesadilla, entre los que emborronamos cuartillas, se concreta, por lo general, en dos puntos: mujeres y literatura. Aquella noche concedimos prioridad á las hijas de Eva, entre y sobre las cuales giró, durante mucho tiempo, la conversación «caliginosa» *per se* y «abrasadora» *per accidens*.

—Voy á referiros,—dijo uno,—la siguiente aventura, ó como queráis llamarla, en que jugaron papel importantísimo unos bombones, y que no deja de tener gracia en el desenlace de la cosa. Se garantiza la veracidad de esta historia.

—¡Venga de ahí!—contestamos todos, mientras él empezaba así:

—«Era una tarde lluviosa y destemplada de Noviembre. Aunque domingo (día que para nosotros es un lunes), tuve que hacer la infor-

A su lado con los ojos fijos en el mármol de la mesa, estaba la niña: criatura deliciosa en la edad seductora de los diez y ocho, con una carita de nácar, un pelo de ébano y unos ojazos bezucones tan negros como las penas y tan alegres como un despertar de primavera. Largo tiempo estuvimos silenciosos; ella, mirándome á hurtadillas; yo, descaradamente: por fin, la orquesta empezó á tocar el popular dúo «Los patos», y esto me dió ocasión de romper el hilo disertando extensamente sobre la música zarzuelera, sus bellezas, su popularidad, etc., etc. Total que juntos salimos del café y que pocos días después ya era el novio consentido por la madre y con todas las prerrogativas que esto representa.

«Ya sabéis que nosotros, enemigos de romanticismo en la materia, nos mostramos en estos asuntos fieles y adeptos de la escuela «positivista»; por lo tanto, huelga decir que sitíe la plaza y establecí el bloqueo.



Norte América.—Una fumadora de opio

mación de siempre, y, terminada ésta, cansado y calado de agua hasta los huesos, decidí meterme en el primer café que encontrase. Abrí la puerta del primero que encontré, levanté el grueso *portier* que la cubre y recibí en el rostro una impresión agradabilísima de aire caliente, y preparéme á tomar asiento en cualquiera de las mesas, en la más próxima. No era esto fácil; el café se hallaba de bote en bote, sin que hubiese una sola silla ni un diván desocupados. Miré, busqué; todo inútil. Preparábame ya á salir nuevamente á la calle, cuando el camarero me dijo:

—«Señorito: en aquella mesa, con el permiso de la señora y señorita que la ocupan, puede usted tomar el café.

«Maquinalmente me dejé conducir por el camarero, entre un laberinto de sillas, hasta la mesa indicada y, previo un saludo de elementalísima cortesía, tomé asiento. Ya entonces pude fijarme en mis dos vecinas. Una señora entrada en años, con el pelo casi blanco y vestida de negro; tipo clavado de la pensionista y mezcla de burguesa y cortesana: era la madre.

«Lo que yo deseaba era un beso... Pedíselo, pues, en una ocasión favorable.

—«¡Luis, por Dios!...

—«¡Tontina mía! Y ¿quién lo va á saber?... ¿Quién llegará con sus miradas adonde nosotros paladeemos el néctar dulcísimo, la embriaguez ideal, divina, de un amoroso y dulce beso? ¿Dudas de mí, acaso?...

«El final de este diálogo fué el triunfo más completo. Ella accedía; sólo faltaba desembarazarse, durante un breve momento, el suficiente para dar un beso, de la madre, y para ello convenimos en darla un narcótico dentro de un bombón preparado convenientemente.

«Compré, en efecto, unos bombones; puse en uno de ellos esencia de cloral, lo marqué con la uña para distinguirlo de los otros, y á la noche siguiente me presenté, según costumbre, en la casa. Previo el obligado saludo, saqué del bolsillo unos bombones, di uno á mi adorada, otro á su madre, y, para despistar en absoluto, yo tomé un tercero. Los dos, muy juntos, esperábamos los efectos del narcótico. Efectivamente: á los pocos instantes la buena señora roncaba á

pierna suelta. Estalló el codiciado beso...

«Pensando iba yo en el maravilloso resultado de un bombón narcótico y bendiciendo su preciosa ayuda en ciertos momentos, cuando al entrar en mi cuarto, y empezar á desnudarme y dejar el reloj en la mesa de noche, no pude evitar un grito de sorpresa. Allí ante mis ojos, estaba el bombón rayado con la uña; de modo

que, por lamentable olvido, llevé en el bolsillo precisamente los que carecían de toda sustancia ajena á su natural composición. ¿Y aquel sueño profundo por nada interrumpido?... Yo, señores, aún no he podido explicármelo».

Y entonces otro compañero puso apropiado final al caso, diciendo:

—¿Olvidáis esa propiedad de muchas mamás, que se denomina *narcotización espontánea*?

FERNANDO DE URQUIJO.

Remembranzas

Recuerdas oh dulce Mignón! de aquel luminoso mediodía estival cuando—bajo el umbrío palio de los sauzales—tu pálido poeta desgranaba—ante la dulzura de luz de tu mirada—la flora roja de sus madrigales?

El sol fundía sus oros gloriosos en la seda

tasma, en un ambiente de misterios, de perfumes y de vagas soñaciones. Por la arena dorada del sendero llegaste á mí,—como el resplandor albísimo de una celeste nieve—como una ideal oceánide—á través del polvo de plata de un ensueño místico.



Victoriano Sardou, célebre dramaturgo

azul de los cielos; y en las nubes resplandecían celestes blancos.

Vestías de blanco; y tú misma, se diría, eras vagorosa nube que aprisiona una estrella; rosada gema que se enciende en la albura impecable del plumón.

Los sauces inclinaban sus lacias cabelleras desfallecientes, sobre la linfa sonora del río; y por el solemne silencio del bosque, se sentía la fuga de nuestras horas blancas.

Era de noche. La brisa nocturna rimaba sus quejas, en la espesa folia de tus rosales en flor. La luna esparcía su cenicienta palidez de fan-

Y entonces, ¿recuerdas, oh dulce Mignón? tu pálido poeta—floreció en tu alma—las rosas litúrgicas de sus amantes deliquios—y cantó á tu oído—en el diapasón epitalámico de hijo de Caliope—el rosado poema de su amor infinito.

De tu seno—niveo cáliz de azucena—voló una mariposa negra, que fué presagio y que fué símbolo. Te pusiste pálida, y tu alma se llenó de angustias. No temas, te dije, es Dolor que huye.

JAVIER S. BRINGAS.

Córdoba, Mayo de 1903.

La llegada de los chilenos--La recepción oficial



Vista general de la comandancia



Banda del 3.º que tocó el himno chileno á la llegada de los delegados

Terminados en Buenos Aires los deslumbrantes festejos que mantuvieron á esa ciudad en una continua algazara, por espacio de diez días, en la mañana del martes de la corriente semana llegó á nuestro puerto la distinguida delegación, recibiendo una fraternal acogida de las autoridades y pueblo uruguayos.

Desde las primeras horas del día una concurrencia extraordinaria empezó á afluir á los muelles de nuestra aduana que lanzaban miles de personas á los diferentes vapores encargados del servicio.

Los buques de la carrera, *Venus*, *Buenos Aires* y *Colombia* se llenaron de distinguidas familias de nuestra sociedad, que pacientemente, y en medio de una conversación animada y entretenida, esperaban la llegada de los acorazados chilenos. La bahía, surcada en todos sentidos por las empavesadas embarcaciones lastradas la mayoría con grupos selectos de nuestro sexo bello, agitaba con cariño sus ondas,

cuyas audaces espumas destruían la *toilette* de sus elegidos. Tal vez quisieran *mojar* como uno de tantos, en la fiesta nacional que se preparaba.



El vapor «Ingeniero» conduciendo la delegación



El vapor «Ingeniero» llegando al muelle oficial



Los doctores Ramírez y Zorrilla de San Martín esperando la llegada



Grupo de concurrencia en la cubierta del «Venus»



Delegados chilenos momentos después del desembarco



Comisión oficial frente á la Comandancia



El general Vázquez presenciando la llegada



Capitán Luis Artigas contestando al Dr. Ramírez



El doctor Ramírez dirigiendo la palabra á los delegados



Vapores «Cacique» y «General Lavalleja»



La delegación chilena acompañada del elemento oficial poniéndose en marcha hacia el Hotel



Oyendo el himno chileno
Instituto de Ramón Blanco.

Actualidad extranjera

Las fiestas celebradas por el pueblo italiano con motivo de la visita del soberano inglés á las ciudades de Roma y Nápoles, han revestido el mayor brillo que pueda imaginarse. El yacht real británico *Victoria and Albert* proveniente de Siracusa, entró al puerto de Nápoles á las 9 y 20 del día 23

de abril, seguido de doce acorazados ingleses, colocándose entre el *Liguria*, comandado por el duque de los Abruzzos, y el *Marco Antonio Colonna*. El rey Eduardo, apenas entrando con su yacht en el amplio arsenal, fué cumplimentado á bordo por el príncipe real de Portugal, duque de Braganza, y poco más tarde por el duque de los Abruzzos, uniformado de capitán de fragata, quien le dió la bienvenida en nombre del rey



El rey Eduardo y la reina de Portugal desembarcando en el arsenal de Nápoles

gal y dos jóvenes príncipes alemanes, salidos de Nápoles con el fin de visitar al de los Abruzzos en su nave *Liguria*. A las 4 y 30 bajó á tierra la real comitiva, trasladándose en carruajes descubiertos hasta el palacio del Museo Nacional. El día 25 el rey Eduardo visitó el Museo de San

Martino, que regiamente adornado presentaba un aspecto maravilloso. Pasó después á bordo del yacht *Amelia*, junto con la reina Amelia de Portugal, improvisándose al rato una visita á Campodimonte y una gira por la ciudad, durante la cual fué calurosamente aplaudido.

En la noche efectuóse en el San Carlos un extraordinario espectáculo de gala; á él llegó el rey de Inglaterra en su propio yacht, atrave-



La plaza de Termini á la llegada de su majestad Eduardo VII

Víctor Manuel. Recibida la visita de la comisión militar puesta por el rey de Italia á disposición de Eduardo VII, éste, con un deslumbrante uniforme de almirante, se trasladó á bordo de los barcos *Amelia* y *Saphire*, donde se hallaban respectivamente la reina de Portu-

sando la sala del Círculo Unión. A las 9 y 40 presentóse con su uniforme de almirante en el palco real, en medio de las grandes ovaciones que el público le tributaba. A su izquierda tenía al duque de los Abruzzos, y las autoridades italianas á la derecha.

Después de prolongadas fiestas y recepciones de todo género, el rey Eduardo abandonó á Nápoles en forma oficial en la mañana del lunes 27, partiendo de la estación marítima en el tren real, al cual se habían agregado los coches reales ingleses, llegados de Inglaterra por la vía de Módana. La salida de la comitiva fué una entusiasta demostración, á la que el rey, vestido de almirante, contestó llevando continuamente la mano á la cabeza.

El convoy, escoltado por el director general del Mediterráneo, con. Oliva, llegó á la estación de Termini, en Roma, á las 3 en punto. Víctor Manuel lo esperaba en la estación.

Los dos soberanos, conmovidos, se abrazaron y besaron tres veces, cambiando breves palabras. La banda de los granaderos tocaba el *good save the king*, mientras el rey inglés saludaba á los duques de Aosta, de los Abruzzos y de Génova, y al conde de Torino. Uno de nuestros grabados reproduce la plaza de Termini, donde el síndico y la junta de Roma dieron, en nombre de la capital, la bienvenida al huésped real.

A las 3 y 30 el cortejo, continuamente aclamado, llegaba al Quirinal, donde Eduardo VII saludó cariñosamente á la reina Elena, aclamándola por su belleza; la obsequió profundamente y le besó la mano.

En la plaza una muchedumbre impaciente, irrefrenable, aclama insistentemente.

En los balcones se aparece Eduardo VII, teniendo á sus costados á la pareja real italiana. ■■



Encuentro del rey Eduardo VII con la reina Elena en el Quirinal



Colocación de la primera piedra del campanario de San Marcos



Restos del antiguo campanario

El entusiasmo del pueblo es indescriptible y el soberano inglés se entretiene largo tiempo en admirar aquel espectáculo extraordinario.

Las fiestas continúan; las recepciones se multiplican.

El 28 de abril dióse todo por terminado, con la grandiosa representación de «Rigoletto», cantado por Marconi en el Teatro Argentino.

—El 25 de abril colocóse en Venecia la primera piedra del campanario de San Marcos. Por

la importancia de la construcción, esa fecha solemne será recordada en la historia veneciana como una de las más faustas.

En nuestra información aparecen dos vistas de dicho acto.

La obra se va á levantar en el mismo lugar del antiguo campanario, derrumbado en la mañana del 14 de julio 1902. Fué un pensamiento feliz escoger el día de San Marcos para la solemne ceremonia. San Marcos es el querido protector de la ciudad; San Marcos, á cuyo

nombre los venecianos promulgaron las sabias leyes que le valieron el antiguo poderío y el respeto de las demás naciones en los años de guerra y turbulencia de la Edad Media; en cuyo nombre combatieron por el triunfo de las ideas cristianas; en cuyo nombre surgió en 1848 y se opuso á un Imperio, como en 1509 se había opuesto contra media Europa en la Liga de Cambray.

San Marcos fué siempre símbolo de esperanza y orgullo para Venecia.

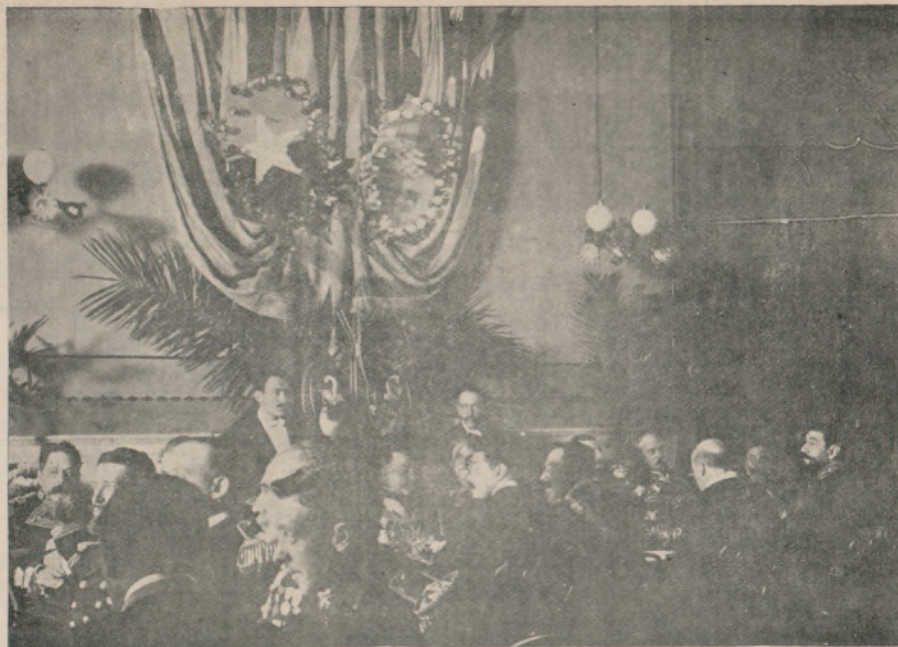
El almuerzo en el Hotel Oriental

Inmediatamente después de efectuado el desembarco de los delegados trasandinos, púsose en marcha la comitiva hacia el Hotel Oriental donde se sirvió el almuerzo ofrecido por el señor ministro de la guerra, general Eduardo Vázquez.

Los comensales tomaron la siguiente colocación: en la cabecera el general Vázquez y á su derecha los señores vicealmirante Jorge Montt,

teniente general Máximo Tajes, general S. Vergara Alvarez, general Salvador Tajes, capitán de navío L. Artigas, cónsul general de Chile, capitán de fragata L. G. Carreño, coronel Monegal, teniente coronel J. Larrain Alcalde, doctor L. Piñeyro del Campo, sargento mayor J. B. Lira, coronel Juan P. Barriola y edecán de la Presidencia.

A la izquierda del general Vázquez tomaron asiento los señores ministro argentino doctor Mariano Demaría, contralmirante J. Muñoz Hurtado, general O. Rodríguez, capitán de navío M. Aguirre, secretario de la Legación argentina



Durante el almuerzo



Oficiales de guardia en la Comandancia de Marina el día de la llegada

Solano Torres Cabrera, doctor Pedro Figari, jefe político coronel J. Bernassa y Jerez, teniente coronel M. Bari, doctor Ramírez, capitán A. Méndez, jefe de la Academia Militar, coronel Lamas, coronel Escabini y edecán de la Presidencia. En el lado interior de la mesa, ocupó el centro el ministro de Relaciones doctor Romeu, teniendo á su derecha al Encargado de Negocios de Chile señor Larrain Irarrázaval, al del Ecuador, sargento mayor Guillermo Dublé, comandante de Marina coronel I. Bazzano, teniente coronel Luis Altamirano y secretario del vicealmirante



Avenida de Mayo.—Coche que conduce la corona de bronce á la pirámide de Mayo



Buenos Aires.—Hotel donde se hospedaron los chilenos

P. de Arce. A la izquierda tenía al capitán de fragata G. García Huidobro, secretario de la Presidencia Román Freire, jefe de Estado; Mayor coronel Segundo Bazzano, cirujano mayor Alberto Adriasola, contador mayor S. Vidaurre y coronel Cándido Robido.

Al destaparse el champagne el general Vázquez ofreció el banquete en un inspirado discurso, que fué contestado en frases elocuentes por el delegado general Vergara. Hablaron seguidamente el ministro de Relaciones Exteriores doctor Romeu y el señor Larrain Irarrázabal, Encargado de Negocios de Chile.

Boda

Celebróse en la ciudad de Mercedes, en la noche del 18 del pasado, el enlace de la señorita Elisa Hounié con el caballero Miguel González Sampayo. La ceremonia fué un verdadero acontecimiento social por el brillo alcanzado, debido á las vinculaciones y simpatías que cuentan en la sociedad mercedaria los nuevos desposados.

A la hora indicada penetró la pareja en el templo, llamando la novia justamente la atención por su belleza y elegante *toilette*. Seguía el siguiente cortejo: señor Antonio González Roca y su señora; señor Dalmiro Egaña y señora Ramona E. de González Sampayo; señor Alejo Hounié y María H. de Costa; señor David M. Silveira y señora Luisa S. de Hugo;

señor Arturo Costa y señora Paulina M. de Perera; señor Dionisio Viera y su señora; señor Bernardino Chans y señora Ramona M. de Costa; señor Eduardo Nebel y señorita Nilda Viera; señor Francisco Costa y señorita Florencia Leonard; señor Juan Manuel Alzaga y señorita

Florencia Pérez; doctor Pereira Núñez y señorita Julieta Hounié; señor José Chifflet y señorita Catalina Hounié; señor Teodoro Hounié y señorita Isabel Fleurquín; señor Inocencio Mendivil y señorita Dominga Hounié; señor Estanislao Nebel y señorita Esther Ponce, señor Pedro Hounié y señorita Celedonia Gullot; señor Francisco Burghi y señorita Julia Perera; señor Eduardo Perera y señorita Adelina Warren; señor José Segú y señorita María González Sampayo; doctor Salvador Burghi y señorita María Luisa Costa; señor Rufo Guerrero y señorita Clotilde Warren; señor Marcelino Hounié y señorita Juana Hounié; señor Rafael Costa y señorita Juana Seunnez; señor Pedro

Hounié y señorita Amanda Puyo.

En casa de los esposos Hounié-Lavite, padres de la novia, hubo después una animada fiesta, bailándose en sus salones, arreglados con gusto y distinción, hasta altas horas de la madrugada.



Señorita Elisa Hounié



Señor Miguel Gonzalez

Club "Vida Nueva"

EL METING DEL DOMINGO



La cola de la columna



La cabeza de la columna

En la tarde del pasado domingo recorrió nuestras calles el meeting con que el Club «Vida Nueva» protestaba de los sucesos cometidos en Rivera durante la pasada insurrección nacionalista. La manifestación esencialmente silenciosa organizóse en las calles 18 de Julio y Yi, componiendo su columna 2,000 personas aproximadamente. A su frente flameaba una bandera nacional á la que seguía la Comisión Directiva del «Vida Nueva», y un grupo de personas expectables en las filas del partido colorado.



Estela

¡Todo es frágil y vano!

Como la niebla pálida que se alza lentamente en las tardes azules, y viaja hacia el Infinito insondable, así pasan los sueños de felicidad, sueños confusos que dejan sólo un recuerdo adormecido, vago, que se esfuma luego en la noche profunda del olvido.

Verdes como la Primavera son las esperanzas vivas, y la miel de su savia es filtro de consuelo, de energía, de piedad; amarillas y mustias son las esperanzas muertas, y la esencia que despiende el polvo marchito de sus hojas, es fruto de amargura, de tristeza, de hastío!..

Como las ondas de un manantial purísimo, huyen las ilusiones diáfanas y corren á perderse tumultuosas en el oscuro lago del Ensueño; las ilusiones iban como bandada perseguida de gaviotas, levantan el vuelo fugitivo en la brumosa tarde de la vida, cuando la canción que los álamos cantan: ya viene sobre el alma la noche del Dolor, noche sombría, que antecede á la aurora del sepulcro!

Las cenizas de las cartas amadas se disipan al soplo de los vientos, y vuelan como pétalos de flores negras, embriagando el ambiente con la magia seductora que guardan; y la magia se extingue también!..

Hoy... ¡después de que supe tu perjurio... he quemado las tuyas!..

Cuando iba á levantarse la llama que habría de consumir todas las ternuras escritas que tu pluma liviana quiso trazar para mí, intenté extinguir la hoguera, y salvar mi tesoro maldito: pero... mi mano culpable se abrasó en las llamas del incendio, como se había abrasado mi corazón en el fuego de tu perfidia.

Como una tenue ala gris voló mucho tiempo un pedazo de papel quemado, que vino luego á caer supersticiosamente sobre la cartera que guarda tu retrato; en el fragmento de la ceniza mustia se veían grabadas con signos rojos, estas palabras turbadoras: «un beso de la que siempre será tuya.—Estela.»

¡Todo llega y pasa!

¡Todo pasa y muere!

Después... extraje del fondo del cofre donde ocultaba tus prendas queridas, las flores marchitas que iba á devolverte, aquellas flores fragantes que vivieron una tarde sobre tu pecho, como vivió un día mi cariño sobre tu alma ingrata; el polvo seco de los pétalos caía como una lluvia vaporosa de reminiscencias tristes: las hojas amarillas parecían quejarse de tu ingratitude!

Sólo estaba encendida aquella rosa pálida que tú besaste emocionada cuando por primera vez confesaste que me amabas. El beso de tu traición la había tornado roja, muy roja! Y esa flor es la única que te envió: recíbela! El remordimiento debe tener color de sangre!

Y la sangre de los poetas heridos por un amor cruel, se condensa en estrofas tristísimas, impregnadas de ajeno, estrofas que caen dolorosamente sobre el alma de las mujeres perjuras, de las mujeres ingratas! Es una fuente inagotable de venganza, de tortura, de hiel!!

¡¡El Dolor es inmortal!!

J. I. VARGAS VILA.

Baladas lúgubres

LAS MOSCAS

Yo soy la mosca azul. La primavera
Pintó mis alas del color del cielo,
Nacida en un rosál de la ribera
Una tarde de abril tendí mi vuelo.
Vengo toda impregnada del perfume
De la flor que en el valle se consume,
Y de la suave brisa que murmura,
Refresca á la pradera que se abrasa
Y después va á perderse en la espesura...

—Pasa, pasa!

--Yo soy la mosca verde. Los ardores
Del estío que quema me engendraron;
Mi ser lo formó el polen que las flores
Al céfiro gentil abandonaron.
Soy el insecto del amor fecundo
Que eternamente vivifica al mundo.

De la pasión la savia quemadora
Cuando me acerco, al corazón afluye;
Yo de la vida soy generadora...

—Huye, huye!

—Yo soy la mosca negra. Díome vida
La descomposición de un organismo
Y con una atracción desconocida
Me atrae de la muerte el hondo abismo.
Soy insecto fatídico que zumba
En las fauces abiertas de la tumba.
Voy del anfiteatro al cementerio
Do el gusano voraz se multiplica;
Yo te daré la muerte en el misterio...

—Pica, pica!

MANUEL PUGA Y ACAL.

Guadalajara.

Un bíbelot

Después del gigantesco golpe de bolsa que lo hizo millonario, Rosenthal, el obeso banquero de rostro apoplético y patillas coloradas, pensó en descansar, en gozar de su fortuna. Compró un magnífico hotel en uno de los barrios más aristocráticos de la capital, con espléndidas cocheras que llenó de variados y lujosos coches y hermosos caballos de raza. Para amueblarlo puso á contribución los más afamados talleres: juegos de muebles de variados estilos y colores, cortinajes riquísimos, esculturas de artistas famosos, broncees soberbios, floreros japoneses, delicadas porcelanas de Sevres y de la China, mesitas de laca, mosaicos de Florencia, terracotas valiosas, cuadros de Watteau y Goya, Meissonier y Durand; todo en fin cuanto puede sugerir la imaginación se reunió en abigarrado conjunto en el espléndido palacio del Rey de la Banca.

Pero cuando todo el arreglo estuvo terminado, y fué á tomar posesión de su regia morada, notó Rosenthal que algo faltaba en ella, algo que le diera animación y vida. Pensó entonces en casarse. Sí; le hacía falta una mujer que hiciera los honores de la casa y á quien pudiera lucir, cargada de joyas, por teatros y paseos.

¿A quién elegiría? Como él nunca había pensado en otra cosa que en cambios y valores, esta nueva *negociación* le pareció muy complicada. ¿A quién elegir? Ese era el problema.

En tan duro trance, como un rayo de luz, iluminó su tenebrosa imaginación el recuerdo de Lulú, la preciosa morenita de ojos negros y trenzas de ébano, la hija de uno de los arruinados en la gigantesca negociación que lo había hecho millonario.

Por un momento pensó en la inmensa diferencia de edades que había entre los dos: él tenía sesenta años bien cumplidos y ella diez y ocho escasamente; pero muy luego, mediante ciertas reflexiones, encontró su elástica conciencia de burgués la tranquilidad que le era habitual: él la sacaba de la miseria, la daba lujo y riquezas; ¿no quedaban así compensados sus numerosos inviernos y su falta de atractivos?

Formado ya su juicio de ese modo, no se tomó el trabajo de enamorarla: se dirigió directamente al padre, y, como entre hombres de negocios es muy fácil entenderse, muy pronto quedó todo arreglado: el padre otorgaba la mano de Lulú, y él, en cambio, le cancelaba la deuda.

No se tomó en cuenta la voluntad de Lulú: tratándose de salvar á su padre ella no se opondría: ¡era tan buena Lulú!

Y Lulú no se opuso, y fué á hacer compañía á las estatuas y terracotas de la casa del banquero.

Lulú, la forjadora de idilios, la incorregible lectora de Alfredo de Musset, se muere, se muere lentamente asfixiada por los inmensos cortinajes y rodeada del lujo más estravagante, como un pájaro cautivo en una jaula de oro.

¿La veis? Ahí, tras los vidrios de la ventana, se distingue su rostro pálido y moreno; ahí está ella, fija la mirada en el espacio, aburrida de su papel de *bíbelot* y sintiendo la nostalgia de los amores sin pan...

CARLOS LEDGARD.

Mayo de 1903.



Paraná-Guazú.—Un paisaje

Los festejos á los chilenos



El desfile de la artillería

El programa de los festejos preparados para agasajar á los chilenos no se pudo cumplir en todas sus partes.

Al primer día de su llegada, el martes, se redujeron casi los festejos, pues el miércoles amaneció lloviendo copiosamente y el vivac y desfile de las tropas, así como las carreras en Maroñas, quedaron anuladas por completo.

Después del desembarco de los chilenos y de la recepción que hubo en la Casa de Gobierno, desfilaron por delante de ella, en cuyos balcones se hallaban el Presidente de la República, los delegados chilenos y concurrentes á la recepción, los batallones de guarnición en la capital. Enseguida, en una veintena de coches, los delegados y los miembros del Poder Ejecutivo salieron de paseo por las principales calles de la capital.



El presidente de la República y el almirante Montt paseando por las calles

A la noche hubo un suntuoso baile en el Club Uruguay, espléndidamente iluminado á luz eléctrica y de cuya fachada ofrecemos una fotografía.

La otra gente, la que no puede y no pudo ir al Club Uruguay, desfiló en raudales por delante de las estrellas de luz eléctrica que iluminaban la Plaza Independencia. Adjuntamos una fotografía de la mayor de todas, ofrecida por la Municipalidad. Lástima fué la lluvia que vino después.

La ciudad toda embanderada y adornada

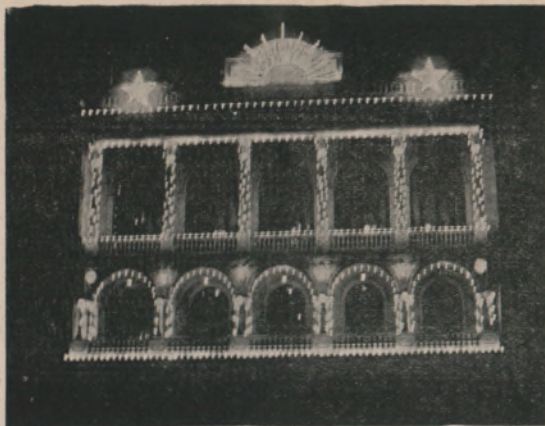
de la mejor manera posible, ofrecía un aspecto alegre, de fiesta. Muchas casas de comercio engalanaron sus frentes con banderas, luces y follajes, uniéndose de esa manera á los festejos del Gobierno. Entre ellas merece mención especial por el gusto artístico de los adornos la casa vinatera «La Cepa Chilena», situada en la Avenida General Rondeau 91, del comerciante chileno Nicanor Marambio y cuyo único agente en Montevideo es el señor Ramón Dubebert, de cuyo edificio ofrecemos una fotografía. De paso diremos la elocuente aceptación que han tenido entre nosotros sus vinos, exportados directamente de Chile, donde existe la casa matriz con sus numerosos viñedos, de renombre en todo ese país y en las repúblicas Argentina y Oriental. Indudable-



El contralmirante Muñoz Hurtado y el general Vergara recorriendo la ciudad



Los tenientes coroneles chilenos Altamirano y Alcalde de paseo



La iluminación del Club Uruguay

mente e las casas exportadoras y vendedoras de vinos extranjeros, y de un mismo tipo, es la que coloca más su mercancía en esta plaza, teniendo por clientela lo más selecto de nuestras casas de familia. Mensualmente entran á Montevideo unos treinta mil litros de su vino, que muchas veces queda agotado sin poder cumplir acabadamente con los inmensos pedidos que le llueven de todas partes. Como dato elocuente basta decir que son sus asiduos favorecedores las familias del Presidente de la República, de los ministros de Estado y de la mayoría de las de los miembros del Cuerpo Legislativo, sin contar las innúmeras casas de la *crème* montevideana. Ahora, preguntarán ustedes, amables lectores, ¿por qué es ese auge de los vinos que exporta «La Cepa Chilena», cuando aquí, que se sepa, los similares extranjeros no tienen una cuarta parte de esa exportación? Pues sencillamente: por la bondad de sus vinos, puros, sanos y agradables, agrega dos con los módicos precios que cuestan.

¿No habrá contribuído esto, preguntamos ahora nosotros, en la recepción chilena, á que ésta haya sido mirada con más simpatía de la que era de esperarse, si se tiene en cuenta que aquélla es hija de un pueblo tan lejano y que casi solo conocemos por referencias? La buena impresión que han dejado en nosotros sus productos, no habrán tenido influencia en los ánimos, exaltando los entusiasmos? Puede que alguna razón de esto deba haber.

Pero dejando de lado este tema, en el cual nos hemos extendido demasiado sin ser por ello partidarios de la uva, sigamos nuestro sucinto relato en una forma breve, dado el poco espacio de que disponemos.

Fracasada la fiesta hípica de Maroñas, la no-



La gran estrella de luz de la plaza Independencia

ta descollante del día miércoles fué el almuerzo popular organizado por la comisión de fiestas y celebrado en los amplios salones del Ate-neo.

A las 11 y 1/2 llegó la comitiva chilena á dicho edificio, donde más de trescientos invitados ocuparon las cinco mesas dispuestas con habilidad y elegancia. Entre los comensales se hallaban representantes del cuerpo diplomático, de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial, de la Municipalidad, prensa, ejército y alto comercio. Terminado el almuerzo se pasó á la Casa de Gobierno, en cuyo punto se organizó el paseo por los alrededores de nuestra ciudad, citado ya en párrafos anteriores.

Terminado el lunch en el recinto legislativo, efectuado en la tarde del mismo día, visitantes y visitados en crecido número se trasladaron á la Comandancia de Marina, embarcándose los señores delegados momentos después en diferentes fa-lúas de gala.

A las 7 y 1/2 el vapor «Buenos Aires» zarpaba de nuestro puerto llevando á su bordo á los distinguidos huéspedes.

Para terminar diremos algo de la visita que el médico de la escuadra chilena señor Alberto Adriazola, hizo al Hos-

pital de Caridad, especialmente invitado por el sargento mayor Antonio S. Viana. Fueron recibidos por el presidente de la Comisión Nacional de Caridad doctor Luis Piñeyro del Campo, Federico Costa, doctores Isola Vizca, Vecino, Lamas y el cirujano mayor del ejército señor Eduardo Martínez.

Visitado con minuciosidad el establecimiento, y examinadas todas sus dependencias, el doctor Adriazola se expresó en elogiosos términos con respecto á su organización y valiosos elementos.



El frente de «La Cepa Chilena»

Perseverancia

Hace tiempo que una aventura cariñosa sonríe en mi imaginación. Bien se que la sensibilidad refinada que de ella germina, no ha de brindarme sino el raro y doloroso culto de una superstición; y en la superstición vivimos y viajamos tierras extrañas los que creemos con la más delicada de las creencias, encontrar en cada piedra del camino una sonoridad oculta para halago de nuestros oídos, y en cada hilo de luz la imagen viviente del sueño de la noche última para regalo de nuestro corazón. Sin embargo, en nuestro interior hay algo que perdura, una partícula de esperanza que bajo las formas frágiles que la engendraron prorrumpen en una monodía sentimental, á veces como lamento, creado y sentido como una lágrima. Y en esa otra vida que bajo la vida real llevamos, esa vida que constantemente alimentamos con nuestras tingidas alegrías que, aún no nacidas, se enferman, percibimos á cada mañana una nueva sensación insufrible; una nueva quejumbre que nos torna sumisos é impresionables á la creación del dolor, que creemos una mala ventura envenenada y terrible para el humano espíritu que hace suya la injuria de una raza contaminada por la decadencia de un caso fisiológico.

Aquella mujer siente; á lo menos debe sentir doblemente que muchas otras mujeres. Sus ojos negros, grandes, capaces de revivir la más glacial de las esperanzas atormentadas, tienen una fijeza imperativa, una elocuente intuición de fatalismo en el propio mutismo de sus miradas, como cuando contemplamos el abismo de una hondonada, todo el neurosismo que poseemos se asoma á nuestros ojos contrayendo nuestras vísceras para ver de evitar el golpe terrible de la realidad. Y á los de ella afluye toda la vida. En ellos vive la luz benigna de la fraternidad de la existencia y la muerte con sus cambiante apacibles en un perpetuo equilibrio doloroso, en el cual no se sabe si el término de la lucha entre el espíritu y el cuerpo va á efectuarse antes que llegue la próxima veranada con sus tardes cálidas y su aliento enervador, ó persisten los luchadores en la continuación del perennal forcejeo por el triunfo, en el cual no hay heridas que manen sangre, pero sí ojos que imploran una tregua.

La efígie de cera del tabernáculo nos dice la singularidad de su iconismo angustioso, nos habla en secreto de cómo fué la trasmutación

del símbolo, nos estimula á pensar en el más vivo martirologio confabulado contra la humanidad, y padecido por ella como una expiatoria recompensa al divino atormentado en Jerusalén. Y aquella mujer tiene el mismo color trasparente de la cera cristalizada, de esa cera tenue, acabada de purificar. Cayendo sobre los pómulos unas grandes ojeras que encantan, unas grandes ojeras que fascinan, que viven allí quizás desde la cuna para hacer más intensa la tortura de los poetas, para hacer más delicado y más cándido el proceso que desgasta su cuerpo, flexible y donoso, para despertar en nuestro espíritu un supremo culto de sensibilidad, comunicativo, adorable;

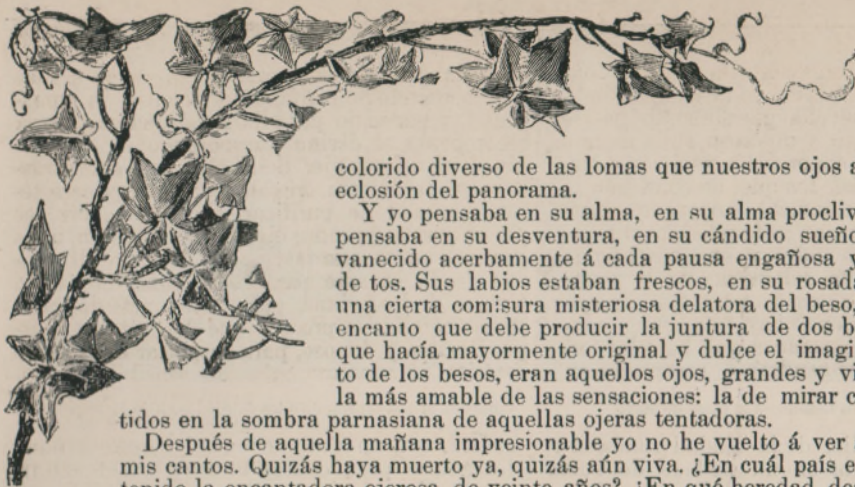
un sentimiento de conmiseración empapado en tintas muy puras, con el cual hemos de asistir á la tragedia que suceda al último singulto de agonía.

Siempre me la imagino conforme á la vez primera que la conocí; y no sé por qué extraña y placentera complacencia mía, aquella aventura que más bien que un halago es una tortura del espíritu, se empeña en forjarme, con la evidencia inconcútil de la realidad el, mismo estado de alma enferma que sus grandes ojeras sombrías me revelaron. Fué en un tren de ferrocarril. Aquella mañana advirtieron mis ojos en el cuerpo grácil y endeble de una mujer, la inmolación artística de la vida por el sarcasmo de la tisis. Al pasar por una estación, luego que el tren se detuvo un momento continuó su marcha, veloz y siniestro, y silbando y trepitoso des-

apareció en la atezada boca de un túnel que humeó brumosa espiral al sol. Ella iba en una postura de molice, recostada la cabeza bruna sobre una ventanilla abierta al paisaje. A la distancia, por sobre de las lomas enverdecidas que dejábamos detrás, el mar inmenso, azuloso y bravío, veíase sereno, impassible, perdiéndose en la niebla espesa y flotante del horizonte, como si aquella quietud de sus ondas, fingida por nuestros ojos que se alejaban de ellas á medida que el tren corría como una sierpe famélica por sobre hondonadas y cumbres, no retuviesen en su seno voluble la insidia de sus tumbos titánicos, que en el lurge sin tregua de sus ancas espumosas, van llevando á la orilla desconocida y distante como trofeo de la lid empedernida el eco clamoroso de los vencidos.

El sol reverberaba en la suprema altura de la cumbre. Ella iba copiando en su imaginación e





colorido diverso de las lomas que nuestros ojos abandonaban en la eclosión del panorama.

Y yo pensaba en su alma, en su alma proclive á la tristeza. Yo pensaba en su desventura, en su cándido sueño de juventud desvanecido acerbamente á cada pausa engañosa y secreta del golpe de tos. Sus labios estaban frescos, en su rosada delicadeza había una cierta com:sura misteriosa delatora del beso, del incomparable encanto que debe producir la juntura de dos bocas febriles. Y lo que hacía mayormente original y dulce el imaginado encantamiento de los besos, eran aquellos ojos, grandes y vivaces, despiertos á la más amable de las sensaciones: la de mirar con ardimiento, metidos en la sombra parnasiana de aquellas ojeras tentadoras.

Después de aquella mañana impresionable yo no he vuelto á ver á la inspiradora de mis cantos. Quizás haya muerto ya, quizás aún viva. ¿En cuál país exótico se habrá tenido la encantadora ojerosa de veinte años? ¿En qué heredad desconocida y remota habrán germinado rosas para su frente de núbil? ¿Acaso en las riberas contemplativas de algún lago americano?

Caracas.

CÉSAR AUGUSTO NEGRON,
Venezolano.

Sol de sangre

Por inmensos caminos solitarios
Huyendo de ignorados campanarios,
Los peregrinos van—faltos de aliento.
Y de aldeas siniestras y lejanas
Les saludan al paso las campanas
Con notas que cabalgan sobre el viento.

El horizonte, bajo el sol, se dora,
Manchado por la sangre de una aurora
Que se teme á la vez y que se espera,
Las nubes se amotinan y se empujan,
Y como buitres, al huir se estrujan
En el espanto de la noche negra.

Tiembla y cede la tierra bajo el peso,
Se abre un abismo en el dintel del beso
Y todo es sepulcral, como una luna;
Sólo se oye el rumor sordo y la queja
De aquella muchedumbre que se aleja
Con fatigas de mar hacia su cuna.

En la sangre del sol busca su origen;
Torvos y extraños sentimientos rigen

Su reflujo fatal hacia la aurora,
Y jadeante, vencida y sin aliento,
Se arrastra latigueada por el viento,
Royendo el amargor que la devora.

Y mañana al triunfar, cuando derribe
La absurda sociedad que la proscribiera,
Brillará como un sol á nuestros ojos.
Sus pupilas extrañas y dementes
Empapadas en púrpuras ardientes
Parecerán dos corazones rojos.

Sus manos, impacientes de batalla,
Removerán la gigantesca hornalla
Donde alimenta el sol sus encarnados,
Y en la ruda apoteosis del incendio,
La plebe se alzaré como un compendio
De todos los sollozos ignorados.

MANUEL UGARTE.

1903.

Fragmento

¡Si tú no amas! Acaso
Buscas calor porque te falta vida,
Porque ves en ocaso
Tu juventud para el amor perdida.
¡No es cariño! Las ansias que padeces
Nacen de un mal oculto
Que te hiere cruel, por eso ofreces
Tu pobre corazón. Pides indulto
Para una entraña que latir no quiso
Cuando pidieron á tus pies de hinojos
Donceles mil, en cambio al paraíso,
Una dulce mirada de tus ojos.

Crees que amas y no; es la materia
Que rebelde se agita,

Es la sangre que vuelca de la arteria,
¡Es la carne que grita!

Tu talle virginal jamás opreso
Se ha sentido en las redes del abrazo,
A tu boca jamás ha ungido el beso,
Y nunca en tu regazo
Se reposó la frente enamorada,
Del amante feliz que en noche quieta,
Busca en los labios de la fiel amada
El beso apasionado de Julieta...

QUIRINO ORDAZ.

Tepic.

BUENOS AIRES--La recepción á los chilenos



Marinos argentinos llegando á la plaza de Mayo

De la vecina orilla, de la ciudad rumbosa y parisiense enclavada en un pedazo de suelo americano, nos llegan en forma de instantáneas varios ecos de las fiestas celebradas en honor de la delegación chilena.

Desde el 22 del corriente, día de la llegada de los señores delegados, Buenos Aires ha pre-



Comisión oficial esperando á los delegados en la Metropolitana

cedera, con un antiguo enemigo que franquea los Andes para confundirse en un abrazo fraternal. Y en esa tranquila confraternidad pasaron diez días como un soplo, en medio de los paseos, banquetes y recepciones con que se agasajó á los marinos del Pacífico.

El día 25 celebróse en la Metropolitana, con



Monseñor Espinosa esperando á los delegados en la Metropolitana

sentado un aspecto deslumbrador, algo así como una celeste morada elegida por los dioses para celebrar sus festejos divinales. En las calles y plazas, adornadas é iluminadas regiamen-



Palacio del Congreso adornado

asistencia de la delegación chilena, el solemne *Te-deum* en conmemoración del glorioso aniversario. Momentos antes de ese acto fueron tomadas en la puerta del templo, las dos fotografías que insertamos, en las que aparecen distinguidas personalidades de la capital vecina, esperando la llegada de la agasajada delegación.



La fuente de Lola Mora



La plaza de Mayo en el día de las fiestas

LÁMPARAS americanas con recipiente y pantalla decorada armazon de bronce y caireles para colgar \$ 7.50; Mesas de fantasía d'radas para sala \$ 1.50; Lámparas de biscuit con pantalla de seda \$ 2.00; Juegos de mesa de 85 piezas decoradas \$ 14.00 juego; Bateria de cocina de 20 piezas esmaltadas (con una lámpara belga de regalo) \$ 9.00 juego.

Participo á mi numerosa clientela que con fecha 1.º de Marzo he vendido la Sucursal de 25 de Mayo N.º 149 y que seguiré con mis bazares de la calle San José, 71 al 77 y Sucursal 18 de Julio, 414 y 416, esq. Yaguarón.

Casa Matriz: San José, 71 al 77, esquina Convención.

Sucursal: 18 de Julio 414 y 416, esquina Yaguarón.

PROFESIONALES

BEHEREGARAY JUAN. Escribano público. Ituzaingó 162.

PEREIRA ANTONOR R. Escribano público. Rincón 63.

RINALDI Y GUERRA. Cirujanos dentistas. Plaza Independencia 113.

EROLA, A.—Sastrería del Río de la Plata.—Especialidad en el corte.—Libreas para cocheros.—18 de Julio 234.

EMULSION NORTON

Pastillas de Eucalipto

— Y —

Codeina NORTON

Capsulas de Cáscara Sagrada

NORTON

DEPÓSITO:

CAMPOMAR & C.ª

25 de Mayo, 375

A los señores Agentes:

se les encarga más puntualidad en el envío de fondos á la administración.

A los señores suscritores:

se les ruega contesten las comunicaciones que se les ha dirigido ultimamente.

Unico Fotógrafo oficial de "La Alborada": Ramón Blanco, Uruguay 359.

"La Alborada"

ha trasladado sus oficinas

á la calle

18 de Julio, N.º 194

(Primer piso)

"LA URUGUAYA"

Compañía Nacional de Seguros contra Incendios, Marítimos y Sobre la vida

Capital social: 1.000.000 de pesos oro sellado.

DIRECTORIO:—Presidente: *Antero Heber Jackson*—Vice: *Alvaro Martínez*—Tesorero: *Pedro C. Fulco*—Secretario: *Antonor R. Pereira*—Vocal: *Joaquín Albarril y Mora*—Gerente: *Maximo Ruiz Díaz*.

LA URUGUAYA es LA ÚNICA compañía de seguros aquí establecida que tiene su capital radicado en el país.

LA URUGUAYA es LA ÚNICA compañía de seguros que no tiene que remitir al exterior el importe de sus primas y que beneficia al país contribuyendo á disminuir la exportación de oro.

LA URUGUAYA es LA ÚNICA compañía de seguros aquí establecida que responde con todos su capital exclusivamente de las pólizas otorgadas en la República Oriental, ofreciendo así á sus asegurados la más grande garantía.

LA URUGUAYA es la compañía de seguros aquí establecida que por la liberalidad de sus pólizas, por la rapidez con que puede liquidar cualquier siniestro, por la importancia de su capital y por su manera de operar, ofrece mayores ventajas á sus asegurados.

Para informes, á nuestras oficinas:

ITUZAINGO, 157.—MONTEVIDEO

GRAN FABRICA DE RELOJES EN SUIZA

Georges Fox y Cia.

MONTEVIDEO, PLAZA INDEPENDENCIA 59

SUCURSALES:

BARCELONA, MADRID, VALENCIA, SANTIAGO DE CHILE Y BUENOS AIRES

Ponemos en conocimiento del público y de nuestra numerosa clientela que nuestra casa vende la mercadería *particularmente* sea por mayor como por menor, teniendo constantemente grandes surtidos que los recibimos directamente; los precios son de fábrica y sin competencia.

Visítese la casa y se convencerán de la baratura de los artículos.

V. 28. Jun.

NOTA ADMINISTRATIVA

Se ruega encarecidamente á los señores que más abajo se detallan, tengan á bien cancelar sus deudas á la mayor brevedad.

José María Corma—Rivera	\$ 27,04
Demetrio Errausquin—Maldonado	» 13,43
Saturnino Mernies—Mercedes.	» 9,00
Eustaquio B. Curbelo—San Carlos	» 11,40
Elvira García—Parado	» 9,10
Guillermo Wilson—Rosario Oriental	» 8,64
Francisco M. Sánchez—Minas	» 7,40
Miguel Balvela—Itapebf.	» 14,10

Nemesio Ruiz (hijo)—Sauce del Olimar	\$ 10 20
Alfredo M. Luc—Estación Cazot.	» 7,80
Marcelino Moas—San Fructuoso	» 31,80
Eduardo Cano Abernuri—Rivera	» 10,80
Pablo C. Godoy—Cerro de la Calera	» 15,40
Vicente Bravo—San José	» 12,30
Gregorio García—San Carlos	» 5 80
Jesús Sosa—Florida	» 7,20

Montevideo, Enero 25 de 1903.

A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.—Cuando no reciban con regularidad el periódico, reclamen inmediatamente por escrito á la Administración á fin de dar cuenta al señor Director de Correos, quien está empeñado en organizar debidamente el servicio. No se atienden reclamos pasados 15 días.

Director-gerente
Arturo Salom

Administrador:
AGUSTIN SALOM

LA ALBORADA

18 de Julio, 194

1.º piso

MONTEVIDEO

R. O. del Uruguay

SEMANARIO DE LITERATURA Y ACTUALIDADES

FUNDADO EN 5 DE JULIO DE 1896

Teléfono "Cooperativa" número 615

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por mes.	ps. 0,50
Por semestre adelantado	» 3 00
Número suelto (los sábados y domingos).	» 0 10
» (de la semana)	» 0,20

Número suelto (atrasado)	ps. 0,30
Por un año adelantado	» 5 00
Exterior. Por año adelantado	» 7,00

¿SUFRE USTED DE LOS PIES?



Pues la cura no la encontrará en boticas ni droguerías, sino en la lujosa ZAPATERÍA XALAMBRI, que es entre todas las de la capital la que confecciona un calzado más cómodo, elegante y sólido, como puede atestiguarlo la numerosa clientela que hace ya veinticinco años se sirve en esa conocida casa.

25 de Mayo 172--Montevideo

AVISO IMPORTANTE

A los jóvenes que piensen dedicarse al comercio, y á todas las personas que tengan necesidad de conocer el sistema de contabilidad llamado

Teneduría de libros por partida doble

Con un método especial, ideado en el transcurso de largos años de comercio, que simplifica los estudios de tan útil ciencia, haciéndolos esencialmente prácticos, ordenados y al alcance de todas las inteligencias, es como consigue

E. Olivella Nogués

formar en muy poco tiempo buenos tenedores de libros, en aptitud de llevar sin ninguna dificultad la contabilidad de cualquier casa de comercio.

CALLE CERRO LARGO, 341.

MONTEVIDEO.

El teniente de los gavilanes

POR ZAYAS ENRIQUE

del ejército liberal, y que de su conducta dependía en gran parte el éxito de la campaña, en la que iba á jugarse el todo por el todo en dos ó tres batallas.

VII

Apenas calmó la tormenta, mandó Varela á su gente que montara á caballo.

—Mi jefe, le advirtió en voz baja Medina, es preciso esperar á que baje el agua.

—No hay tiempo que perder, sargento.

—Es que, con permiso de usted, no por mucho madrugar amanece más temprano.

—¿A qué viene eso?

—A que oiga usted como se despeña el agua por el camino. Si salimos, nos arrebatara el torrente y nos ahogamos.

—Será cumpliendo con el deber, sargento.

—Pero dejándolo sin cumplir, murmuró Medina con el buen sentido del labriego.

—¡Tiene usted razón! exclamó Varela, que había llegado hasta la boca de la cueva para inspeccionar el camino. Esperaremos.

Mas la impaciencia lo devoraba, y apenas el rumor decreciente de las aguas le indicó que ya escurrían inofensivas, dió orden de marcha, con esa voz breve é imperiosa que no admite observaciones.

Y en desordenada formación, y atendiendo cada uno á su propia seguridad, empezaron á descender el sendero.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA TORMENTA EN EL VALLE

I

Si grandes fueron los estragos causados por el destructor meteoro en la montaña, más espantosos fueron los que hizo en el valle, convertido en océano.

Cuando comenzó la tormenta, acababa de desembocar en el llano una diligencia, que conducía á una familia que desde Chihuahua iba, por Zacatecas, para la capital de la república.

La familia se componía de un caballero francés, de su esposa, mejicana, una hija, preciosa joven de veinte años, y una institutriz francesa.

Además, llevaban cinco criados, armados, á caballo, y una escolta compuesta de treinta lanceros mandados por un capitán. Aquella fuerza era reaccionaria.

La tormenta sorprendió al grupo de viajeros á una distancia bastante larga de León, y por más que cochero y mayoral estimularon con el látigo á las mulas, éstas, amedrentadas, se resistieron, cejaron, se enredaron con las guarniciones, y pronto llegó á tal grado la confusión, que fué imposible dar un paso para atrás ni para adelante.

La escolta espoléó sus caballos y, acompañada de los mozos, que temblaban como azogados, ante el peligro, ganó una eminencia, distante un tiro de fusil, y allí se guareció bajo unos árboles, dejando á la familia entregada á su propia suerte, dentro de la diligencia.

Por fortuna, el lugar en que quedó el pesado vehículo, era una especie de loma, merced á lo

cual no fué arrastrado desde el primer momento por las aguas desbordadas.

Mas después que pasó la tormenta, aunque las aguas perdieron mucho de su impetuosidad, el peligro creció de pronto, porque el lago en que quedó convertida la campiña, fué aumentando lentamente su volumen, llegando á cubrir los ejes de las ruedas traseras de la diligencia.

II

La señora mejicana, esposa del caballero francés, tenía un rosario en la mano, y rezaba con fervor, como si habiendo condenado ya sin remisión el cuerpo, pensara sólo en el alma.

El caballero renegaba contra la cobardía de sus criados, y la perfidia de la escolta, y contra los elementos.

—El peligro aumenta, murmuró la institutriz al oído de la joven.

—Sí, ya lo veo, contestó ésta.

—¿No quieres que recemos, como lo hace tu madre?

—¿Para qué, Athenais? Si Dios no escucha á mi madre, que es una santa, menos me escuchará á mí, que no lo soy. Y si la escucha, entonces nos salvará á todos juntos.

El padre de la joven, á pesar de no ser un creyente, ni mucho menos, oyó con desagrado aquel alarde de indiferencia en boca de la niña.

—Mal momento has escogido, Luisa, para semejantes chanzas, que mucho tienen de blasfemia.

—Vamos, padre, déjate de regaños y procura que salgamos del atolladero.

—Eso es más fácil de decir que de hacer.

—Ya está dicho; veamos ahora cómo se hace.

La señora seguía rezando su rosario, ajena á cuanto se blasfemaba á su rededor, pues no sabía una palabra de francés, idioma en que se sostenía la conversación.

Y el agua seguía subiendo, lentamente, pero de un modo incesante.

—Mi amo, dijo el cochero.

—¿Qué hay? interrogó el francés.

—Que si sigue subiendo el agua de esta manera, dentro de un cuarto de hora se ahogarán las mulas.

—Poco me importa, no son mías.

—Y dentro de media hora nos ahogaremos nosotros, lo que sí creo que le importará á su merced.

—¡Demonio! exclamó en castellano el francés.

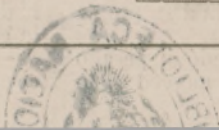
—¡Ave María purísima!... exclamó la señora, santiguándose sin gazmoñería.

El sota cochero tuvo un conciliábulo en voz baja con su compañero, y, después de breve rato, se echó al agua por un lado, mientras el cochero lo hacía por el otro.

Sacaron ambos sus cuchillos, cortaron las correas de las mulas de la guía, como se llaman á las que van por delante, y agarrándose al cuello de esos animales, los acosaron con gritos, y los hirieron con sus cuchillos, obligándolos á atravesar á nado la distancia que mediaba entre la diligencia y la loma en que se había refugiado la escolta.

—¡Canallas! les gritó el francés, enseñándoles el puño.

(Continuará).



Lionel, y de mis labios no volverás á oír ni una queja; pero antes, quiero que me digas una cosa, ¿por qué me ocultaste tu matrimonio?

—Poque creí que al saberlo me amarías menos.

La condesa quedó pensativa; después profirió:

—La excusa es pobre y veo que está fundada más en tu vanidad, que en el cariño que me tienes. Bien sabías, Lionel, que á pesar de mi pasión nunca hubiera sido capaz de arrebatarte á otra mujer el cariño de su esposo.

—¡Oh! sí, mi acción es digna del mayor desprecio, pero te he dicho la verdad, Bibiana.

—¡Comprendo! ¡comprendo!... murmuró la joven tristemente; pero dime otra cosa, Lionel; esa mujer que has abandonado por mi causa ¿te amaba mucho? ¿te ama todavía?

—Mi adorada Bibiana, repuso el joven, suplicante, ¿por qué quieres hablar de una cosa que sólo sirve para mortificarnos?

—Espera, Lionel, necesito saberlo, y me responderás. Te lo suplico, dime, ¿te ama todavía?

—Sí, me ama; replicó Lionel con voz que apenas pudo oírse.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! perdóname por haber torturado el corazón de esa mujer.

Y volviéndose repentinamente hacia el joven, le preguntó, con angustioso acento:

—Y á tus hijos, ¿los amabas mucho?

—¡Oh! sí, Bibiana, los amo con todo mi corazón, contestó el joven con vehemencia.

—Siempre creí, continuó la condesa con lentitud, sin comprender el daño que sus palabras habían de causar á Lionel, que el amor hacia los hijos, era puro y desinteresado y que jamás podría desterrarse del corazón de un padre; pero...

—Y así es verdaderamente, interrumpió vivamente el joven.

—Pero en tu corazón, no ha sucedido lo mismo. ¡Has manchado tu alma, Lionel, puesto que tratas de olvidarlos! ¡Ah! si yo hubiera sabido que existían dos ángeles, á quienes les estaba robando el cariño...

—Pero Bibiana, querida mía, ¿á qué mortificarte más con esa idea? Ya no hay remedio; sólo debemos pensar en nuestro cariño.

—¿Que no hay remedio? dices. ¡Oh! Lionel! sí lo hay y debemos ponerlo en práctica en seguida. ¡Tenemos que separarnos! gritó la condesa con energía; luego añadió:

—Cuando te creía soltero, libre y solamente entregado á mi amor, no me daba cuenta exacta de mi loca pasión; parecíame, que huía de la miseria para buscar la felicidad; pero ahora, al sufrir tan cruel desengaño, mi alma inocente aún, se revela á seguir esa senda de oprobio y degradación; así, pues, Lionel, debemos y tenemos que separarnos.

Lionel sintió que la sangre afluyó al corazón y tuvo que hacer un violentísimo esfuerzo para dominarse.

—¡Separarnos! ¡estás loca! exclamó.

—Sí; separarnos. El deber ordena á mi corazón ese sacrificio. Aunque te quiero con toda mi alma, nunca podría arrancarte de entre los brazos de tus hijos, de entre los de tu mujer; tal vez la amas y por eso yo debo odiarla; pero anublar la dicha de esas dos inocentes criaturas. ¡Ah! eso nunca... nunca...

—Desecha, Bibiana, toda idea de separarnos, porque eso es imposible, dijo Lionel, y después añadió: ¿Lo hemos sacrificado todo inútilmente?

—Sí, puesto que no puedes abandonar á tus hijos. Además, Lionel, yo no podría vivir pensando en que era la causa de la desgracia de esos dos inocentes seres. Vuelve, vuelve á tu casa; sí, anda á gozar del cariño de tu familia.

—Ya es tarde Bibiana, murmuró Lionel, muy excitado. Escribí á mi esposa diciéndole que dejaba á Inglaterra para siempre, y además, que me marchaba contigo.

—Y, ¿le has dicho mi nombre?

—Sí, Bibiana, se lo conté todo.

—¡Ah! Dios mío, ¿cómo me has castigado! y volviéndose hacia el joven, le dijo con acento firme pero con pena:

—Te he dicho que debemos separarnos; tú, Lionel, regresarás á tu casa.

—Pero, ¿lo dices de veras? ¿nos amamos y nos hemos de separar! ¡qué locura! ¿cómo quieres que vuelva yo á mi casa?

Y le habló de promesas hechas, de su amor; de lo pasado; pero sus palabras se perdieron en el vacío y la condesa permaneció firme, tranquila, inalterable, como una estatua de mármol.

—Me olvidarás, Lionel, dijo Bibiana aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir. Para tí, nuestro amor ha sido un capricho de tu vanidad, pues te retienen otros lazos mucho más dulces y agradables que los que yo puedo proporcionarte.

—No; ven, Bibiana de mi alma; no tienes razón para hablarme así.

—¡Imposible! gritó la condesa. No sé si algún día llegaré á maldecirte, pero olvidarte, eso no, te quiero siempre con toda mi alma.

La desesperación que anteriormente devorara á Bibiana, había desaparecido, cambiándose en espantosa calma; pero Lionel, sentíase morir al imaginársela lejos de él y verse solo, sin sus caricias, su aliento, su gentil hechizo, tan necesarios entonces para su vida, como la misma luz del sol. La cogió entre sus brazos y la estrechó con efusión contra su pecho; quizás en aquel momento la amaba más que nunca.

—Vente conmigo, murmuró el joven estampando un sonoro beso en la frente de la condesa. No me abandones, no puedo vivir sin tí.

—¡No; imposible! contestó Bibiana, en medio de la mayor excitación; ¡tus hijos nos separan!... ¡Adiós!... ¡Adiós!...

Y antes que Lionel pudiera contestarle ni volviera de su sorpresa, se deslizó de entre sus brazos, alejándose como un fantasma.

Una densa niebla se levantó en aquel momento de la superficie de las olas; niebla que al envolverla, allá, en la excitada fantasía del joven, le pareció ver se la llevaba flotando, hasta perderla de vista.

Lionel Ridal, ya en París, esperó días tras días, semanas tras semanas, el regreso de la joven; pero todo fué en vano. Cansado, triste, apenado por la ausencia de Bibiana, atormentábase el sentimiento de haberla perdido, y en la certidumbre de que nunca volvería á verla, de-

(Continuará).

Muchas noches hacía que Gabriela no dormía. Era su tos tan violenta, tan cruel, que por momentos ahogábase en los convulsivos accesos que despedazaban su pecho.

Su madre, la señora Dejausó, ófala resignada desde su lecho, en la alcoba contigua. Tampoco ella dormía, y allí, mientras la enferma debatíase, rememoraba todo lo triste, todo lo espantoso de aquellos cuatro meses, en los cuales Gabriela había decaído tanto. Ante aquellos recuerdos dolorosos la Dejausó desesperada y llorosa bajábase del lecho, luchando con uno de ellos, el más terrible, el más cruel de todos; aquel recuerdo que la enloquecía, que era su eterno martirio.

Obsesionada, caminaba sigilosamente hasta llegar á la puerta de la alcoba de su hija, débilmente alumbrada por una lamparilla, y apartando las muselinas que cubrían los cristales, la señora Dejausó contemplaba silenciosa á Gabriela que destacaba en las sombras, sobre el lecho blanco, su rostro lívido, horriblemente demacrado, de virgen moribunda.

¡Cuán crueles habían sido para ella aquellos cuatro meses!

Durante todo aquel tiempo, la figura de Eduardo su marido y la de Jorge, el prometido de Gabriela, no habían cesado de presentársele. Su marido, tan bueno, con su barbilla dorada y sus escasos mechones de cabello castaño que realzaban su calva rosada de hombre respetable, y Jorge el minero fornido, de tez rubicunda, siempre risueño y contento.

Después clavábase en su cerebro el lacónico telegrama portador de la horrible nueva: Eduardo y Jorge despeñados en un precipicio, allá en las entrañas de sus minas oscuras, devorados por ellas.

Y hacía sólo cuatro meses de aquel siniestro fin. Desde entonces Gabriela, ya enferma no había cesado de llorar un solo día á su padre, á su buen padre. ¿Por qué ni una lágrima jamás por Jorge? ¿No le había amado?..... Pero si en los primeros meses de la ausencia de su prometido había dado muestras de dolor sincero, recordándolo á cada momento con amor, viéndolo allá, en la mina, desterrado bajo las enormes murallas de rocas erizadas y sombrías; confundido en ese trético cuadro de cerros grises, en las entrañas de los cuales tortuosos y antojadizos caminos surcábanlos como una humana ramificación de arterias?

¡Cuántas veces, solas las dos, habíanse estremecido recordando los relatos del señor Dejausó!

Los temores á la inundación que, allá, en el seno de la tierra, crecía silenciosa como un mar muerto, cubriendo con sus aguas cenagosas todo lo que hallaba á su paso...

De pronto la puerta se abrió y Gabriela envuelta en su largo camisón entró en el cuarto de su madre, trémula como una virgen loca.



La señora Dejausó gritó de espanto.

De pie, inmóvil, permanecía á la puerta Gabriela, mirando á su madre con extraña fijeza...

Madre, balbuceó al fin, dando algunos pasos, tengo miedo de estar sola.

Algo raro había en sus palabras, algo horrible que dilatava sus pupilas con ferocidad. La señora Dejausó emocionada, oprimíale contra su seno cariñosamente exclamando:

— Gabriela mía!... ¡Hija del alma! ¿Qué tienes?.....

La voz de la infeliz mujer se confundía en el cuarto silencioso con los entrecortados sollozos de su hija. Después de un esfuerzo desesperado, Gabriela habló.

— Madre mía—interrogóla con acento misterioso—¿le querías mucho?

—¿A quién, Gabriela?

Por la frente de la Dejausó corría un frío sudor.

—A él—repuso Gabriela dando un grito—á Jorge!

—¡Gabriela!

La tísica sonreía como una idiota fijando con crueldad su mirada feroz en el rostro demudado de su madre. Y la una, frente á la otra, febril y enfurecida hacían el efecto de un dúo trágico destacando sus siluetas fantásticas en las sombras.

—No es cierto—balbuceó tímida la señora Dejausó.

Entonces Gabriela acercándose más á su madre—¿No es cierto?—la dijo—¿acaso me engañé yo al leer la carta que le escribiste?

Después dando algunos traspiés dejóse caer sobre el lecho, llorando á gritos. De nuevo renacían en el cerebro de la infeliz madre todos aquellos recuerdos malditos que entonces se desencadenaban con impetuosidad; el Jorge alegre y seductor, el Jorge miserable; todo un pasado que renacía evocando cosas muertas, sumidas ya en el olvido, desterradas ya de la imaginación.

Gabriela habló de nuevo.

—Dilo, madre, murmuró—¿le querías mucho?

Después, comprendiendo el supremo dolor de su madre, añadió—porque él era bueno ¿no es cierto? y no era posible negarle el amor, un amor puro, madre mía, un amor como el que le profesaba yo.

Serena ya la Dejausó, respondió á su hija, y fué la verdad sincera, el grito de remordimiento de la madre culpable ante la hija inocente, ante la hija moribunda.

Jorge era un miserable y ella había sido criminal; mas era digna ya de compasión. ¡Mucho había sufrido en esos cuatro meses!... ¡Tanto, que no era posible sufrir más!...

La luz de la luna filtrábase á través de las cortinillas transparentes de la ventana, y sus rayos pálidos se quebraban sobre el mármol azulado de una mesa. En la cabecera del lecho, sobre los tintes de un claro-oscuro, el Nazareno destacaba su

cabeza imponente, doloroso, surcado siempre el rostro melancólico con la eterna sonrisa de amargura.

La Dejausó había desahogado su conciencia.

Madre é hija sentáronse en el lecho, tranquilas, al parecer, la una cerca de la otra. Fué un momento de profundo silencio que les evocaba todo un pasado feliz, y hasta había sonrisas en sus labios cuando allí revivían en su imaginación, con la lozanía de otros tiempos las figuras de Eduardo y Jorge. Separáronse al fin. Gabriela volvió vacilante á su cuarto y sola allá, en el colmo de la desesperación entregóse á su dolor. Fué una lucha tenaz y sorda. El terrible secreto que quiso confiar á su madre moriría con ella; faltábanle las fuerzas para confesar la horrible verdad, aquella verdad que habría acabado con la vida de su infeliz madre. Y ante la magnitud de ese secreto espantoso, fruto de la venganza, se le presentaba su padre lejano luchando con él, con Jorge, allá, en la mina oscura, en la sombría caverna, al borde de cuyo precipicio profundo lucharían, su padre ciego por la ira, él humillado y confuso... Después, un caos siniestro se tragaba sus cuerpos mascullándolos con sus dientes de erizadas piedras...

Era ya el día cuando la Dejausó despertó sobresaltada. Rayos alegres de sol delgados como hebras de oro filtrábanse á través de la ventana irradiando sobre las blancas cortinas de su lecho. Ligera sonrisa surcó su rostro: no se oía la tos de su hija, aquella tos persistente y tenaz, de la tísica.

¿Dormía? Vistióse y entró en el cuarto de Gabriela. Esta yacía amarilla, tranquila, extendidos sobre la almohada sus cabellos negros. Largo rato la pobre mujer contempló la rigidez de su hija. De pronto algo horrible cruzó por su cerebro, pues muda de espanto y pudiendo apenas sostenerse retrocedió hasta la puerta ahogando gemidos de desesperación. Allí, apoyada contra el umbral, con la mirada estrábica, aquella mujer desfigurada por el terror no osaba acercarse al lecho en el cual yacía Gabriela. Pasó mucho tiempo luchando con la realidad espantosa. Al fin, dando alaridos, lanzóse como una loca y al tocar el rostro inanimado y ya frío de Gabriela, extraño vértigo la hizo vacilar, tambaleóse y cayó sin sentido cerca del cadáver, como herida por un rayo.

GUILLERMO HOLDER FREIRE.

Junio de 1903.



¿SUFRE USTED DE LOS PIES?



Pues la cura no la encontrará en boticas ni droguerías, sino en la lujosa ZAPATERIA XALAMBRI, que es entre todas las de la capital la que confecciona un calzado más cómodo, elegante y sólido, como puede atestiguarlo la numerosa clientela que hace ya veinticinco años se sirve en esa conocida casa.

25 de Mayo 172--Montevideo

AVISO IMPORTANTE

A los jóvenes que piensen dedicarse al comercio, y á todas las personas que tengan necesidad de conocer el sistema de contabilidad llamado

Teneduría de libros por partida doble

Con un método especial, ideado en el transcurso de largos años de comercio, que simplifica los estudios de tan útil ciencia, haciéndolos esencialmente prácticos, ordenados y al alcance de todas las inteligencias, es como consigue

E. Olivella Nogués

formar en muy poco tiempo buenos tenedores de libros, en aptitud de llevar sin ninguna dificultad la contabilidad de cualquier casa de comercio.

CALLE CERRO LARGO, 341.

MONTEVIDEO.